

La integración de la vejez en la vida

Antonio Calvo

Presidente del Instituto E. Mounier

Este artículo nace con la pretensión de recordar (volver a pasar por el corazón) un asunto del máximo interés y de la mayor urgencia. El interés le viene al asunto de que hacerse viejo es cuestión de vivir los suficientes años, y esto es cosa que le ocurre cada día a más personas; haber llegado en nuestros días a ser viejo, en los países occidentales, los llamados ricos, no es un privilegio ya que la mayoría lo consigue. A los muchos, por tanto, les viene con esa circunstancia la ineludible tarea de integrar esa nueva manera de vivir en la propia vida. La urgencia está relacionada con el hecho de que la vejez es una realidad ante la que no cabe la indiferencia: los viejos son muchos (votos), tienen experiencia y pensiones (utilidad, gasto, consumo), tienen la mala costumbre de enfermar con frecuencia y de morir tarde (cuidados, gasto, espera desesperante y negocio seguro para algunos carroñeros). Es indudable que todo esto es cierto, pero ¿sólo es cierto esto?... sin duda, hay más, vamos a intentar mirar la vejez desde un acercamiento personal, algo que siempre requiere un estudio cordial, y tratar de descubrir su sentido y su tarea.

Quizás la pretensión del artículo está, condenada al fracaso, al menos en parte, porque ¿quién puede hablar de una experiencia sin haberla tenido? Yo sólo soy viejo por anticipación, aunque el cultivo de la experiencia personal te hace no ser ajeno a nada humano y, en este sentido, estoy habitado por muchos viejos y por sus maneras de vivir esa edad de la vida y su final, de estas experiencias personales y de la escucha

atenta a viejos entrañables y sabios, como R. Guardini y J. Lacroix, E. Sábato y otros, nace lo que sigue.

Así pues, vamos a comenzar hablando de la vejez en la vida de cada uno, y en una segunda parte, no bien delimitada, hablamos un poco de la vejez en la vida de todos.

Vejez, ancianidad y senilidad

Dentro de la vejez parece conveniente distinguir: vejez, ancianidad y senilidad.

Vejez. El principio y el fin son cosas misteriosas, pertenecen a la vida sin estar en ella, y su influjo es decisivo. Podría caracterizarse la vejez como la edad de la vida en la que la conciencia del fin se hace ineludible. En la medida en que el hombre envejece, la conciencia de que hay menos razones para la espera, es clara. El tiempo pasado se agranda, y el saber a qué atenerse en relación al futuro, achica el porvenir.

Los acontecimientos ya no impresionan tanto como en otras épocas, se han vivido muchos, y de los que ahora se viven ya no se espera tanto, quizás, por esta razón, los viejos olvidan con tanta frecuencia el presente y llevan su recuerdo a otros acontecimientos lejanos que les llenaron su experiencia con más fuerza.

Somos caminantes, y hacemos camino, al andar. Ante esta situación caben diferentes maneras de hacer el camino. Apartar la mirada del fin que se acerca, inexorable, y agarrarse a la vitali-

dad que se va desesperadamente; capitular ante el envejecimiento y aferrarse a lo que todavía queda en una especie de carpe diem obsesivo y frustrante. Todos conocemos cosméticas imposibles que añaden a los años el ridículo, o los afanes para quemar los últimos cartuchos de la vitalidad, o los egoísmos y las tiranías sobre el entorno para mantener la sensación de que todavía somos algo.

Todo esto sucede, pero también existen los que han aceptado el envejecimiento positivamente, aceptando el fin, sin sucumbir a él ni desvalorizarlo con indiferencia o cinismo.

A los que así la aceptan, esta fase de la vida les posibilita valores y actitudes imprescindibles para el conjunto de la vida, la suya y la de los demás: comprensión, valentía, respeto a sí mismo, lealtad a la vida ya vivida, a la obra cumplida, al sentido de la existencia realizada...

Para estos, la vejez se convierte en una nueva época vital: la del hombre viejo, un hombre, ahora, verdaderamente sabio.

El final de la vida es todavía vida, quizás más intensa que nunca. Aceptar la vida vivida y el fin cercano hace posible realizar lo que se decida hacer especialmente bien. Sin angustia, sin prisa, sin competir. Porque la conciencia de que todo pasa, también hace posible tener la certeza fundada de que hay algo que no pasa, que es eterno, incondicionado, libre, personal.

Es posible, inevitable, que la energía física disminuya, pero un viejo en el que conviven estos valores, irradia sentido, serenidad, buen juicio, transparencia vital, acogida y empuje a lo mejor de la vida entera, que él lleva incorporada.

Ancianidad. Hay en la vejez, sin embargo, manifestaciones de que la decadencia es tanta que no parece posible otra realidad. Pero, incluso en estas situaciones, hay personas que aceptan de tal manera su cumplimiento del final que hacen, de este mismo final, vida. Otros se hunden.

Senilidad. Hay también en la vejez, senilidad. Ya no se espera nada de la vida misma. Predomina la indiferencia y la necesidad de paz. Se siente débil y amenazado, y se defiende acentuando lo que es y tiene. Su terquedad puede llegar a lo más pequeño y necio. Y su inteligencia sentiente ya no es lo suficientemente móvil como para entender otras razones y aceptar otros motivos.

También se encuentran en estas circunstancias personas muy ancianas que saben morir, es

decir, saben vivir hasta el final. Apenas hablan, apenas hacen ruido, sin embargo, te acercas a ellos y te envuelve una calma amistosa, natural.

La vejez y la vida propia

Puesto que el hombre tiene personalidad, siempre puede ir más allá de sus condicionamientos, con ellos y a pesar de ellos. Pero, es indudable, que la vida es un camino que se puede hacer mejor o peor, y que, en cada instante del camino, está vivo y actuante, lo sepamos o no, todo el caminar.

Por esta razón, la vejez empieza a prepararse desde la concepción, y pasa por el nacimiento, la niñez, la adolescencia, la juventud y la fase del hombre «maduro». De lo mal o bien que se hayan vivido e integrado las diferentes fases de la vida depende la vejez que, en consecuencia, podrá ser cumplimiento o hundimiento vital. Es una gran verdad, muy olvidada, que el niño es el padre del hombre, porque sin una niñez cabal, no hay hombre cabal, ni hombre-viejo cabal. Pero, mirando la vida desde el horizonte final, también es cierta la paternidad de los viejos sobre la vida por doble razón: biológica y experiencial; sin viejos vitales y llenos de sentido y sabiduría, tampoco puede haber niños, ni personas en cualquier otra fase de su vida con los referentes personales completos porque, faltando los valores que sólo los viejos pueden aportar, el empobrecimiento de la vida es inevitable.

Aceptación de sí mismo

De todo esto se desprenden diversas consecuencias: la vida es vida siempre y en todas sus fases vitales; el conjunto de la vida y sus diferentes fases y crisis es lo que constituye la vida del hombre; la vida es un camino personal que vamos haciendo y nos hace, sin que haya en él dos instantes iguales, ni faltos de valor y de sentido; el hombre es una persona, un ser de comunión, la metafísica del amor, y precisamente porque cada uno es cada cual, puede hacerse uno con los demás mediante el amor, sin dejar de ser él mismo; más aún, sólo puede ser plenamente él mismo, amando a los demás y al mundo en todo lo que hace. Razón por la cual, la aceptación de



nuestro ser propio y personal, con sus diversos condicionamientos ineludibles, es condición necesaria para poder ser cabalmente por apropiación lo que somos por donación. Cada uno es para sí mismo lo absolutamente dado. Ocurra lo que ocurra en el ámbito de su vida le afecta a él. Siempre está ahí y no puede dejar de estar.

Sin embargo, es evidente que, en el principio de la vida de cada cual, hay una iniciativa que no es la suya. Nos hemos recibido de otros, que a su vez les ha ocurrido lo mismo. Así, la vida es donación, misterio, y proposición de un deber: se nos propone querer ser sólo y realmente lo que cada uno de nosotros somos y nadie más: ser yo mismo.

Nuestra existencia no es una necesidad, sino un hecho. No tenemos nada que demostrar, ni explicar. Mi vida es como es, y podría no ser. Este hecho determina toda la existencia. Y su aceptación valiente y lúcida constituye el fundamento de toda existencia.

En la búsqueda de sentido y de cumplimiento del sentido podemos quedarnos en un horizonte intrahumano, meramente horizontal, y hacer de nuestra vida un titanismo del amor fraterno. Encomiable y durísima tarea, que, desde nuestro punto de vista, no da razón de todo lo que sentimos y somos. Como personas nos sentimos y somos llamados por amor a la vida, que sólo es

vida si es eterna. En la vida cotidiana, espacio-temporal y ordinaria, descubrimos suficientes acontecimientos y sentido como para creer que caminar en el mundo es un caminar en lo eterno, porque no hay dos realidades, sino una sola de la que vemos una cara y vislumbramos otra, misterio que preserva y llama nuestra libertad.

En esta fe razonable, que con su misterio ilumina nuestra existencia, vivimos en todos los momentos de la vida. Para el hombre, es posible, conveniente, y a nuestro parecer, necesario, entender la fidelidad a lo real humildemente, filialmente, esperanzadamente, amorosamente. Sólo juntando todas las etapas de la vida y todos los valores y sentidos que se nos manifiestan en sus distintas experiencias. Sólo aceptando con todo nuestro ser la condición humana, la de cada cual y la de ser hombre. Sólo una vida vivida en la conciencia de ser hijo (don), para ser hermano (don y tarea) dando la vida recibida (paternidad, entrega) nos hace vivir como personas plenas. Un don y una tarea que se construye comunitariamente.

Cultura y vejez

Nuestra manera de ser personas es cultural. Recibimos la vida en unas condiciones concretas:

históricas, sociales, familiares. Sólo desde ellas podemos acceder al mundo, a ese mundo que va a ser, desde ahora, el nuestro. Con el amor o el desamor concreto de nuestros padres o de quienes nos cuidan aprendemos atmosféricamente a hacer carne nuestra una manera de entender la vida y a nosotros mismos. Siempre llevaremos puestas estas experiencias, muchas de ellas sin saberlo.

Asimismo, la manera de entender al hombre, y las consecuencias concretas que de esa manera de entenderlo se hayan institucionalizado en la sociedad en la que crecemos, nos van conformando la idea que tenemos de nosotros mismos y de la realidad de la que somos parte. Es inevitable, sólo desde lo concreto podemos acceder a lo universal.

La vejez no escapa de estos condicionamientos. En gran parte, tenemos en la sociedad los viejos que nos hemos trabajado. Asimismo, somos los viejos que nos hemos ido haciendo al vivir como lo hemos hecho de niños, de adolescentes, de jóvenes y de hombres maduros.

Ni todo es previsible, ni todo se puede saber, ni el conocimiento es garantía de bondad. Los hombres hacemos lo que está mal no sólo por ignorancia, sino sabiéndolo. Contra este hecho sólo queda el arrepentimiento, que es una de las formas más poderosas de expresión de nuestra libertad, porque descansa en la verdad; al comprender lo que hemos hecho realmente, se convierte en el punto de partida de una nueva conducta, recuperando la verdad de nosotros mismos y reorientándonos con el bien contra el mal que estábamos haciendo.

Este ejercicio de libertad lúcida y valiente no sólo es necesario hacerlo personalmente, en una permanente conversión, es también necesario hacerlo socialmente, sin él no es posible una buena cultura humana.

Una cultura verdaderamente humana tiene que hacer posible que cada persona se reconozca y se acepte a sí misma con sus peculiaridades, con esa fuerza necesaria para vivir que es la fe en sí mismo y que tan mediatizada está por el comportamiento de los demás en todos los ámbitos. Una cultura verdaderamente humana, tiene que ser humilde y aceptar la condición humana, reconocer que nuestro ser personal no es posible comprenderlo desde nosotros mismos, y abrir la puerta de la fe y de la esperanza en un Amor En-

trañable Materno-Paterno que fundamenta todo lo que somos y sentimos. Una cultura verdaderamente humana no deja fuera de su manera de enfrentarse a la realidad nada de lo mejor que el ser humano ha descubierto en su caminar. No lo impone, lo ofrece y lo promueve con su manera amorosa de con-vivir.

En nuestros días, existe una cultura de la fuerza, del bienestar, de lo rentable, de lo útil, de la estética sin ética, que separa, rompe y rasga impidiendo una experiencia completa de ser persona. Se difunde lo joven, lo que está de moda y se arrincona lo que no entra en esos parámetros. Realidades tan fundamentales como la vejez, la enfermedad y la muerte permanecen tras la cortina, que sólo se descorre cuando el espectáculo es ineludible y mezclando en la misma salsa informativa mucho condimento deportivo y de lencería. Se mezclan todos los sabores, todos los olores, todos los sentires, y con este amasijo indignante con el que nos modelan, que ha conseguido parecer normal a fuerza de ser omnipresente, los grandes depredadores siempre alcanzan un balance triunfante.

Para recuperar el sentido de lo humano, es necesario integrar a los viejos, con sus diferencias y sus valores únicos, con sus circunstancias, tristes y dolientes, con frecuencia, en la búsqueda de la plenitud humana, que, sin ellos, no es posible.

No debemos olvidar que el cuidado por los débiles protege al fuerte mismo. ¿De qué? de su deshumanización, de su orgullo y de su estupidez, de su pereza, de su ceguera para los valores hondos de la vida. Le protege de sí mismo, de hacerse una mala persona.

Lo mismo ocurre socialmente. La sociedad está hecha de personas, y no hay buena sociedad, ni buena cultura, sin buenas personas.

Vivir hasta el fin

Así pues, es preciso reconocer que hay un envejecimiento auténtico y uno falso. Sólo envejece bien quien acepta interiormente el envejecimiento. La primera exigencia es, pues, aceptar la vejez con su verdad, porque también la vejez es vida, una vida cercana a la muerte, es cierto, pero la muerte también es vida, no se trata de una aniquilación, sino del valor terminal de la vida, un

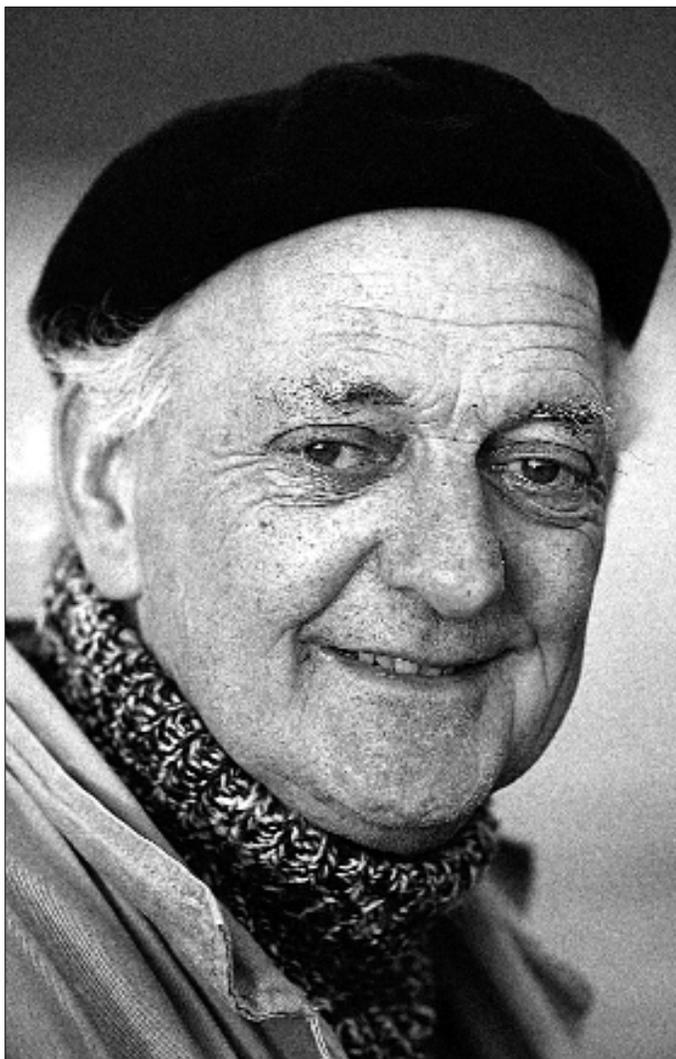
término ante el que se puede optar también por un modo auténtico y otro falso de morir. Morir viviendo es realizar hasta el final la forma personal de existir. No se debe ocultar, ni menospreciar la muerte. Se trata de algo tan fundamental e inevitable para el sentido de la vida entera, que no se debe dejar a la improvisación. La aceptación de la muerte debe hacerse cuando se está en plena energía vital, en plena madurez; y la madurez, es claro, no es cosa de años solamente, sino de aceptar que la vida propia es para entregarla fielmente por valores que valen más que la propia vida. De esta manera, vencido el miedo y la pereza, la muerte, sin perder su rigor y su dureza, se convierte en vida propia, seria, disponible, una vida en la que ya se encuentra como en casa el amor y el humor, que sin esa opción y actitud vital no terminan de acomodarse en un lugar que habita el miedo y la falta de proyecto humano.

Ser viejo no es dejar de luchar por la vida, sino empeñarse en ella más radical y conscientemente, una conciencia que le viene de haber envejecido como es debido y que, por ello, le capacita para entender las diferentes etapas de la vida en conjunto. Un privilegio de la edad. Comprensión puesta al servicio de la sabiduría humana, que siempre consiste en entregar la vida propia para hacer posible la de los demás, sobre todo, la de los más débiles. Desde el horizonte que permite una buena vejez se modifican las importancias de las cosas y se hacen evidentes

valores más cercanos a lo eterno en el hombre. La mentira pierde sus disfraces y esto añade también sabiduría y capacidad de servicio.

En fin, no puede haber persona cabal, ni cultura personalista, sin acoger todas las edades de la vida del hombre, puesto que, aunque cada época de la vida tiene su sentido propio, que no

puede deducirse de la fase precedente, ni de la que le seguirá, sin embargo, está inserta en el conjunto y adquiere su pleno sentido sólo cuando se desarrolla realmente con referencia a él. Haber olvidado estas cosas es uno de los grandes empobrecimientos de nuestra época histórica, con repercusiones nefastas en la familia, que está perdiendo a chorros su capacidad de ser un semillero privilegiado de humanización, un lugar de acogida y entrega en el que todas las edades están presentes y todas tienen rostro y nombre querido. Desde la familia hasta la última institución social, en todas ellas se puede



constatar este empobrecimiento de lo humano. Es una tarea urgente, si de verdad queremos estar a la altura de lo que somos como personas, dejar de instrumentalizar y de reducir al hombre. Para este menester, es necesario que el hombre extienda sus brazos, abra sus manos y apriete fuertemente, sin soltarlos nunca, el principio en una mano y el final en la otra, el misterio de esta cruz, que pasará por el corazón y la entera corporeidad vitalizada, iluminará, sin duda, el caminar humano.